

ARTÍCULOS

EL EUROCOMUNISMO, ¿PRODUCTO DE LA CRISIS ECONÓMICA Y POLÍTICA DE LOS SETENTA?

ANDREA DONOFRIO

Fundación Ortega-Marañón

I. EL ORIGEN DEL EUROCOMUNISMO: LA CRISIS POLÍTICA Y ECONÓMICA.—II. CRISIS POLÍTICA E IDEOLÓGICA DE LOS SETENTA.—III. LA PRIMERA MITAD DE LA DÉCADA DE LOS AÑOS SETENTA.—IV. LOS PARTIDOS EUROCOMUNISTAS FRENTE A LA CRISIS INTERNACIONAL.—V. CONCLUSIÓN.

RESUMEN

El eurocomunismo se gestó en una época difícil, la segunda mitad de la década de 1970, en la que «señales de descomposición» eran emitidas por la izquierda social europea y por la derecha tradicional. La nueva estrategia política surgió como consecuencia de la crisis económica de los países de la Europa occidental tras el prolongado periodo de desarrollo económico posterior a la Segunda Guerra Mundial, mientras el desarrollo socio-económico de la URSS ya evidenciaba sus límites. Estas condiciones invitaban a los partidos comunistas de Europa meridional a cuestionar el sistema y proponer una nueva estrategia política para alcanzar el poder.

Palabras claves: Eurocomunismo; crisis; izquierda; Italia; España.

ABSTRACT

The idea of euro-communism began in the second half of the 70's during a moment of crisis in both European social left and traditional right wings. The new political strategy came from the economic crisis of all Western European countries after the economic growth following the Second World War. At the same time the URSS economic development was showing its limits. These circumstances led the

communist parties of Italy, France and Spain to criticise that system and propose a new political strategy in order to «take power».

Key words: Euro-communism; crisis; left; Italy; Spain.

El eurocomunismo se gestó en una época difícil, de profunda crisis en varios sectores y ámbitos de la escena mundial. Una época, la segunda mitad de la década de los setenta, en la que «señales de descomposición» eran emitidas simultáneamente tanto por la izquierda social europea como por la derecha tradicional. Por eso, la nueva estrategia política surgió como consecuencia de una doble circunstancia: por un lado, la crisis económica que afectaba a los países de la Europa occidental tras el prolongado periodo de desarrollo económico posterior a la Segunda Guerra Mundial; y, por otro lado, el desarrollo socio-económico de la URSS que empezaba a evidenciar sus límites. Estas condiciones invitaban a los partidos comunistas de la Europa meridional a cuestionar el sistema y proponer una nueva estrategia política para alcanzar el poder. Además, en Italia, España y Francia, la profunda crisis económica y social se combinaba también con la crisis del sistema político, democristiano, franquista o golista respectivamente: parecía posible que las fuerzas de izquierda pudiesen convertirse en las mayoritarias y hegemónicas. En estos países, el Partido Comunista era el componente esencial de la izquierda, antagónica y de oposición, dotando de esa manera al entonces fenómeno eurocomunista de una candente actualidad. Y eso determinó la aparición del llamado eurocomunismo.

El objetivo de este artículo es reflexionar sobre el origen del eurocomunismo, explicando que su nacimiento reside en la «simultánea» crisis del modelo capitalista y socialista de construcción del socialismo. A través de un análisis crítico, se reflexionará sobre el contexto internacional en el que surge el eurocomunismo. Asimismo, se pondrá el acento sobre los factores comunes que favorecieron el acercamiento entre los Partidos Comunistas de España, Francia e Italia, y también sobre las diferencias existentes entre los mismos. El análisis se centra en los años setenta como referencia cronológica, considerando esta década como crucial, ya que, por un lado decreta el fin de una época iniciada en 1945, y por otro, el inicio de una nueva etapa marcada por la crisis de las ideologías, especialmente de izquierdas.

La metodología que se ha utilizado a lo largo de este trabajo, se ha centrado en diferentes tipologías de fuentes: por un lado, las fuentes primarias y documentos directos de los partidos integrantes del proyecto eurocomunista; por otro lado, los discursos, informes y escritos de los principales líderes, publicados en la década de los setenta. Y, finalmente, los libros, revistas especializadas, publicaciones de partidos, intervenciones de diferentes líderes políticos y manuales sobre la materia. Una última aclaración metodológica: para llevar a cabo este artículo, se ha decidido realizar una comparativa entre los PPCC de Italia, España y Francia, ya que fueron los tres partidos que dieron vida al fenómeno eurocomunista (1).

(1) Se excluyen de esta reflexión a otros partidos del sur de Europa, como el portugués, por estar demasiado inclinado hacia las posiciones de la URSS, o como el caso de Grecia por su escaso interés teórico. Además los tres partidos eurocomunistas se esforzaron por

I. EL ORIGEN DEL EUROCOMUNISMO: LA CRISIS POLÍTICA Y ECONÓMICA

El eurocomunismo se presentaba como una propuesta de «coordinación de las iniciativas, una colaboración no episódica entre los partidos comunistas del Occidente capitalista y una relación unitaria con las demás fuerzas de la izquierda obrera y democrática interesadas en la lucha por la transformación socialista de la sociedad» (2). Los PPCC de España, Francia e Italia estaban convencidos de que existían las condiciones para alcanzar este propósito, buscando una convergencia de posiciones entre los partidos comunistas que operaban en la Europa Occidental. Según los promotores del movimiento, se trataba de una propuesta que no comportaba la creación de un nuevo centro dirigente y que tampoco pretendía la organización de un reagrupamiento intermedio cualquiera: se trataba de dar una organización y una continuidad a las relaciones de colaboración, que se habían venido desarrollando en los últimos tiempos entre los tres partidos.

No se puede establecer una fecha concreta de nacimiento del eurocomunismo, un momento puntual de ruptura, ya que más bien se trató de un proceso que empezó en diferentes momentos y se prolongó por varios años situándose su apogeo entre 1976 y 1977. La dificultad de establecer una fecha precisa y la consecuente necesidad de fijar «diferentes momentos o acontecimientos» a la base del fenómeno eurocomunista son consecuencias de la presencia de múltiples explicaciones sobre la causa y razón del nacimiento-formación del eurocomunismo, como veremos en las próximas páginas. La falta de unanimidad sobre este dato supone la formulación de diferentes hipótesis y el desarrollo de muchas teorías, a veces contradictorias entre ellas.

Considerando el contexto histórico, el eurocomunismo fue la expresión de una crisis que a nivel mundial atravesaba el movimiento marxista-leninista en general. No fue el resultado de un asentimiento e integración subalterna en el sistema occidental, sino que por el contrario, la crisis del sistema pareció conducir a los Partidos Comunistas a asumir mayores responsabilidades en sus respectivos países. La crisis hizo aparecer como posible el «desarrollo de

establecer una distancia con el PC portugués y, en diferentes ocasiones, se mostraron críticos con Álvaro Cunhal, acusándole de promocionar un socialismo sectario, al estilo de Europa del Este. Una distancia que empezó tras la invasión soviética de Checoslovaquia y se agudizó en los años siguientes, tanto que Carrillo describía la política de Cunhal como «un buen ejemplo de cómo no hacer una revolución». Por su parte, Berlinguer criticó duramente el estalinismo de Cunhal en el congreso nacional del Partido Comunista Italiano de 1975.

(2) BERLINGUER, Enrico: «Nuestra lucha por la afirmación de una alternativa democrática» en el libro: *La cuestión comunista*, Fontamara, Barcelona, 1977, p. 359. Berlinguer afirmaba la necesidad de operar conjuntamente: «Da soli ci si batte male».

elementos de socialismo» (Berlinguer *dixit*) tanto que los PPCC de diferentes países sintieron la necesidad de operar un cambio en su estrategia política y en su forma de llegar al poder, creando subconscientemente una ilusión para todos los países del bloque del Pacto de Varsovia afectados por procesos centrífugos latentes. En los años setenta, los partidos eurocomunistas con grandes aspiraciones a gobernar, quisieron presentarse como portadores de un «viable modelo de cambio», que, sin renunciar a los objetivos de transformación social, pudieran enmarcar el cambio en las instituciones democráticas. Por eso, se asistió en Italia, en Francia y en España a un proceso directamente proporcional: cuanto más se acercaban al poder los partidos, más se abandonaban los dogmas e intentaban alejarse de los modelos «de importación».

La enunciación de principios comunes en declaraciones bilaterales entre los líderes de los partidos eurocomunistas presuponía la creación de una estrategia común diferente a la de 1917 y a la que se había desarrollando en los países del Este Europa: una concepción nueva del «socialismo en la libertad», una estrategia diferente para Occidente.

La nueva estrategia política surgió como consecuencia de una doble circunstancia: por un lado, la crisis económica que afectaba a la mayoría de los países de Europa occidental tras el prolongado periodo de desarrollo económico posbélico. Una crisis que empezó a finales de los años sesenta y que resultaba ya evidente en los primeros años de los setenta. Y, por otro lado, en los años setenta, el triunfo de la primera revolución anticapitalista en 1917 en la URSS ya evidenciaba sus límites. El atraso económico de Rusia y las condiciones económicas y políticas que rodeaban a la revolución, condicionaban incuestionablemente los rasgos de la edificación del socialismo en la URSS. Desde la primera escisión en el bloque monolítico de las democracias populares, provocadas por el enfrentamiento entre Tito y Stalin en 1948 hasta el distanciamiento de algunos países como Rumania y Albania respecto de la Unión Soviética, el proceso de erosión política en el bloque comunista había asumido un carácter constante y se producía de forma «repetida».

La crisis del sistema capitalista en su plena dimensión política y económica parecía posibilitar el socialismo en occidente, siempre y cuando fuera algo diferente al socialismo soviético y supiera poner al orden del día la alternativa democrático-socialista; en este nuevo marco, la revolución tenía que ser el producto de un bloque homogéneo que aglutinase a su alrededor diferentes capas sociales animadas por intereses comunes.

A la crisis de los dos bloques, hay que añadir unas consideraciones sobre la situación de Europa como área geográfica y económico-política, ya que la «decadencia» del continente europeo no fue sólo política (pérdida de peso en el escenario mundial, definitivo abandono del eurocentrismo), sino también

económica: en la década de los setenta, Europa se mostraba débil y desunida. Mientras que el proyecto de crear una unidad monetaria o política encontraba grandes dificultades por la reticencia de muchos países, la desconfianza mutua y la férrea protección de los intereses nacionales. Desde el punto de vista político, varios países se enfrentaban a graves crisis internas: mientras en Bélgica se registraba la ausencia de un gobierno, en Holanda tardaron largos meses en formarlo; mientras en Alemania, el canciller se encontraba en horas bajas –Willy Brandt fue pronto sustituido por Helmut Schmidt–, en Italia se alternaban y turnaban gobiernos democristianos, salpicados por continuos escándalos y a punto de llevar el país a la bancarrota; mientras Inglaterra contaba con un gobierno sin mayoría parlamentaria, en Francia la muerte de Pompidou obligaba a adelantar las elecciones presidenciales, paralizando al país; y, finalmente, mientras Dinamarca se preocupaba por su situación económica, en España se esperaba la muerte de Franco con mucha expectativa y algún temor, siendo una incógnita el post. A eso, se sumaba la grave crisis energética, que puso de manifiesto el deseo de los países europeos de resolver los problemas financieros, económicos y de abastecimientos de materias primas, individualmente, de forma autónoma e independiente, en lugar de con una solución conjunta.

La crisis de los setenta ralentizó el crecimiento económico de los países capitalistas que, desde la posguerra, había sido impetuoso e imparable: la crisis energética y la creciente inflación «rompieron» el ciclo económico y político creado en Bretton Woods. En los setenta, la mayoría de los países occidentales, de economía capitalista, se encontraban en una nueva fase de larga de crisis estructural que sucedía a la fase de larga expansión que en Europa se dio de 1948 a 1967. Después de la segunda guerra mundial, se había producido un espectacular crecimiento económico debido a diversos factores (la baja de los precios relativos de las materias primas, la reducción de los costes, la llamada «tercera revolución tecnológica», la transformación de los procesos de producción, el aumento de la demanda de bienes).

Desde el punto de vista económico, la crisis de esta época se caracterizaba «porque se simultanea una recesión de la actividad económica con un incremento grande del número de parados y una inflación acelerada con respecto al pasado». Los elementos que caracterizaban esta situación, eran: los bajos niveles de crecimiento y el estancamiento productivo después de un período de elevado crecimiento, el incremento del paro –debido a una nueva división internacional del trabajo que preveía el desplazamiento de la actividad productiva hacia países con salarios bajos con consecuente disminución del coste global del trabajo– y de la inflación. El alza de los precios resultaba quizás el aspecto más dramático. Sus causas fueron múltiples: el aumento de

la tasa de inflación provocada por el encarecimiento del petróleo y de las materias primas; la inflación de costes salariales y de beneficios y la explicación monetarista estricta que acusa al excesivo aumento y las excesivas oscilaciones de la oferta monetaria; la escalada de los tipos de interés que conocieron un alza espectacular y, finalmente, la crisis energética.

Frente a esta alarmante situación, la primera respuesta que ofrecían los partidos de izquierda (eurocomunistas incluidos) era una elevación sustancial de los salarios y, por tanto, del consumo popular, así como amplias nacionalizaciones de los sectores claves de la economía. Sus objetivos consistían en primer lugar en diseñar una nueva lógica de crecimiento basada en el progreso social, que asegurase a la vez la estabilidad y el pleno empleo. Se trataba de reorganizar la producción, relanzar el empleo, desarrollar el mercado interior. En segundo lugar, se planteaba una cautelosa y atenta lucha contra la inflación, promoviendo nacionalizaciones para evitar la especulación y el uso improductivo de recursos, control del sistema financiero, eliminación de gastos superfluos y aumento de la demanda.

Se trataba de una crisis nueva, que abarcaba todos los aspectos de la vida, no solo los referidos a la economía. La crisis de los setenta no era sólo económica, sino también socio-política: en su dimensión mundial, destacaban el tema de la energía, el abismo entre el mundo industrializado y la miseria de los países subdesarrollados. Se planteaba la necesidad de una nueva relación entre lo privado y lo público, entre la política y la economía, mientras se levantaban voces pidiendo una transformación del Estado.

II. CRISIS POLÍTICA E IDEOLÓGICA DE LOS SETENTA

En este contexto, el eurocomunismo representaba, desde el punto de vista político e ideológico, un avance ante la crisis del «modelo soviético», un intento de desenmascarar las contradicciones reales de la sociedad soviética en un terreno de «desestalinización del marxismo» (3): parecía claro que la revolución socialista no podía triunfar en un solo país y menos en el más atrasado de Europa. Pero al mismo tiempo, la transición democrática al socialismo se podía interpretar como la «conclusión de otro tipo de análisis de las contradicciones internas de la sociedad capitalista», según las palabras de Pietro Ingrao. Por eso el eurocomunismo fue el fruto de las crisis de ambos

(3) BUCI-GLUCKSMANN, Christine: «Eurocomunismo y problema del Estado. Gramsci en cuestión», publicado en *Dialectiques* n.º 18-19, primavera 1977, e inserto en el libro AAVV, *Gramsci y el Eurocomunismo*, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, p. 71.

modelos: se trataba de dar una alternativa a las exigencias de las clases trabajadoras sin tener que agotar la vía parlamentaria democrática.

No se trató en realidad de un fenómeno nuevo sino más bien de la «condensación de las tendencias evolucionistas que se venían dando en esos partidos en años anteriores» (4). Pero fue sobre todo una consecuencia de la crisis de los setenta, década crucial de «cesura antropológica» entre dos etapas diferentes: el fin de una época de crecimiento iniciado después de 1945 y el inicio de un nuevo mundo, marcado por grandes cambios.

Para Fernando Claudín, uno de los más lúcidos y atentos a la hora de reflexionar sobre esta cuestión, el eurocomunismo fue el producto de la crisis global del sistema capitalista desatada en la segunda mitad de los años sesenta, y del abismo en el desarrollo histórico entre el modelo revolucionario de Rusia y los países occidentales. Según el ex dirigente comunista, en los dos períodos en los que la Unión Soviética pacta con las «democracias capitalistas» (1934-8 y 1941-7), se producen las primeras iniciativas autónomas en los partidos comunistas, tanto en el Este como en el Oeste, buscando vías nacionales al socialismo de carácter democrático y pluralista. No obstante estas primitivas iniciativas se vieron dramáticamente condicionadas por el reparto de las «zonas de influencia» en la Conferencia de Teherán (noviembre de 1943), en Potsdam (julio de 1945) y en Yalta (febrero de 1945). Después de los severos años de Stalin en el poder, donde aumenta la subordinación de los partidos comunistas a la hegemonía del PCUS, el XX Congreso favoreció la reaparición de estas tendencias centrífugas. 1968 representa un año crucial en la evolución de los PPCC de Europa occidental: la invasión de Checoslovaquia provoca que, por primera vez, estos partidos manifiesten –ora tímida-mente, ora de forma tajante– su desacuerdo respecto a la actuación soviética, sin llegar a cuestionar el carácter socialista de la Unión Soviética. A partir de este momento, estarían presentes los gérmenes del eurocomunismo, mientras la conferencia paneuropea de los partidos comunistas en Berlín de 1976, representa la primera confrontación pública entre los dos «bandos». A partir de este momento, los tres líderes eurocomunistas –Santiago Carrillo, Enrico Berlinguer y George Marchais– se distancian de Moscú, cuestionando su rol de «centro dirigente» y apostando por la consustancialidad de socialismo y democracia.

No cabe duda que la crisis general de las sociedades capitalistas generaba un nuevo debate sobre la posibilidad de implementar en ellas el socialismo: pero la inadecuación de la estrategia seguida en la URSS y en los

(4) SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, «Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982», en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, p. 340.

países satélites para hacer la revolución, combinada con la insatisfacción por el modelo de sociedad y de estado vigente en estos países, obligaba a los partidos comunistas de los países capitalistas a la reflexión sobre qué tipo de socialismo podría resultar válido y eficaz. Por lo tanto, los líderes de los PPCC italiano, francés y español se enfrentaban a una situación que requería cambios: en ningún país del capitalismo avanzado se había producido una situación revolucionaria correspondiente al modelo clásico; ni la revolución entendida como asalto al poder por una vanguardia proletaria marginada de la sociedad, ni el derrumbe del capitalismo como culminación inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas (5).

Este punto merece una profundización: no cabe duda de que las revoluciones socialistas a las que hemos asistido a lo largo de la historia se han producido de forma diferente a la que preveían los fundadores del marxismo. Si analizamos los acontecimientos de la Unión Soviética y su «exportación» de los principios de la revolución a los países del Este de Europa, podríamos descubrir de forma inmediata esta incongruencia. Según las concepciones de Marx y Engels, la revolución tenía que ser un proceso de carácter mundial, que empezando en el corazón del mundo desarrollado, es decir, en aquellos países donde el capitalismo había llegado a su desarrollo más elevado, se extendiese rápidamente al resto del mundo. Según esta teoría, el cambio revolucionario se iba a propagar de forma natural e inevitable a los demás países, sin constricciones o países-guía: de esa manera, la idea de revolución socialista era descrita como una revolución de carácter mundial e irrefrenable.

Resumiendo, podríamos decir que en la base de la teoría marxista para la transformación de la sociedad capitalista estaban presentes tres elementos: revolución a escala mundial, vanguardia de los países desarrollados y extensión rápida del proceso revolucionario una vez iniciado.

Sin embargo, la realidad histórica introdujo variaciones notorias e infaustas en su aplicación. Tras un análisis de la trayectoria de las revoluciones realizadas en el mundo a partir de la revolución de 1917, a los protagonistas del eurocomunismo les pareció evidente que las condiciones preconizadas por el marxismo habían sido eludidas. Por eso, en los setenta, las perspectivas del modelo de Octubre ya parecían inviables.

La Revolución de Octubre arrojó la semilla del socialismo en una tierra carente de tradiciones democráticas; de hecho, hay que tener en cuenta que la Revolución Soviética se produjo en un país donde el desarrollo capitalista

(5) La idea de un derrumbe «fatal, inevitable e inmediato» del capitalismo iba desapareciendo, dejando paso a la idea de unir las fuerzas sociales y políticas para una transformación democrático-socialista de la sociedad.

estaba ausente o no había hecho más que empezar, mientras la estructura económica y el sistema social continuaban siendo feudales y la economía agrícola.

El Estado surgido de la teoría y práctica leninista no encajaba, en rigor, en ninguno de los moldes teóricos que había venido modelando la lucha por el socialismo: ni estado obrero ni estado burgués, ni poder de los soviets ni poder democrático. Las formas jurídicas nacidas de la insurrección armada bolchevique resultaban difícilmente comprensibles tanto desde las tesis marxista de la dictadura del proletariado como desde las interpretaciones democratizadoras de este principio por el ala izquierda de la socialdemocracia alemana [como Rosa Luxemburgo (6)].

Las críticas de los partidos comunistas al centro soviético aumentaron a medida que se iba modificando el carácter de la dirección del partido y del Estado en el país euroasiático. Sobre todo, los partidos comunistas occidentales empezaron a darse cuenta de que el Partido Comunista de la Unión Soviética pasaba gradualmente pero irremediabilmente de revolucionario en sus primeros años a convertirse en expresión de una nueva «clase dominante», engendrada por el régimen social edificado bajo la dictadura de Stalin. La URSS no se había convertido en un régimen socialista, ni de transición al socialismo: si el sacrificio de la democracia parecía necesario en la etapa inicial, su liquidación era cada vez más total, aunque se intentaba mantener las apariencias. La razón de Estado, o bien de la nueva clase dominante, desplazaba a la «razón revolucionaria» en la gestión del poder y de las relaciones con los PPCC.

De la misma manera, el cambio resultaba radical en política exterior: «el internacionalismo proletario se metamorfosea en fórmula que justifica ideológicamente la instrumentalización de los partidos comunistas para los fines que interesan a la política exterior o interior del Kremlin, aunque sean contradictorios con las necesidades de la política nacional de dichos partidos» (7). Por lo tanto, la noción de «dictadura del proletariado» perdía el contenido democrático que tenía en Marx para convertirse en etiqueta mistificadora de la dictadura de la nueva clase sobre el proletariado. «El marxismo-leninismo se vacía de la esencia crítico-revolucionaria y del postulado de rigor científicos propios del pensamiento de Marx, transformándose en escolástica justificadora del nuevo orden clasista» (8).

(6) LUXEMBURGO, Rosa: *La Revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975.

(7) CLAUDÍN, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1977, p. 35.

(8) *Ibidem*, 36.

De ahí el deseo (eurocomunista) de rediscutir los términos de la cuestión y la idea de que las fuerzas revolucionarias de los partidos comunistas de los países desarrollados fueran capaces de transformar esta sociedad. Pese a resaltar los progresos económicos y sociales realizados por la URSS, los tres partidos «euro-comunistas» deseaban inspirarse en algo novedoso en su organización política e ideológica. Los PPCC occidentales declaraban su voluntad de «elaborar una estrategia revolucionaria y un tipo de sociedad socialista adaptada a la configuración económica, social y política en que actuaban».

En este contexto no cabe duda de que la reprimida primavera de Praga de 1968 representó uno de los momentos claves para el cambio, ya que, desde este momento, «il comunismo europeo fece un salto qualitativo [...] [e] incominciò a parlare in modo sempre più critico dei problema irrisolti della democrazia negli ordinamenti dei paesi socialisti» (9). Entre los países de la Europa Oriental, Checoslovaquia era el único país industrializado que contaba con la experiencia de la democracia parlamentaria y donde el Partido Comunista había desempeñado una función importante aun antes de la Segunda Guerra Mundial. Las consecuencias del XX Congreso del PCUS, con el inicio del proceso de desestalinización, confluyeron en una «revolución silenciosa» animada por el deseo de dotar al país de un nuevo rumbo: por eso en Checoslovaquia se creó un movimiento renovador que quería dinamizar la vida política nacional o bien realizar una renovación democrática de la sociedad socialista bajo la guía del partido Comunista y de Alexander Dubček. Sin embargo, el intento provocó la reacción soviética que invadió el país, terminando violentamente con la Primavera de Praga. La era Dubček (1968-1970) había sido imaginada como un viento de cambio: aparentemente, sus acciones tenían que ser la prueba de que fuera posible una transformación endógena (10) (11), desde el interior del sistema comunista y en un sentido manifiestamente democrático. Sin embargo, la realidad fue muy diferente. No obstante, a partir de la intervención soviética en Checoslovaquia, en los países de Europa occidental empezó a reforzarse la idea de la necesidad de un cambio de estrategia, avivando un movimiento centrífugo frente a la unión sagrada en defensa de su internacionalismo, propugnada por Leonid

(9) «El comunismo hizo un salto cualitativo [...] [y] empezó a considerar de forma cada vez más crítica a los problemas irresueltos de la democracia en los países socialistas». SALVADORI, Massimo L.: *L'utopia caduta: storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov*, Laterza, Roma – Bari, 1991, p. 686.

(10) DUBČEK, Alexander: *La vía checoslovaca al socialismo*, Barcelona, Ariel, 1968.

(11) En 1987, Mijaíl Gorbachov reconoció que la *Perestroika* le debía mucho al Socialismo con rostro humano. Cuando le preguntaron por la diferencia, respondió amargamente: «diecinueve años».

Brézhnev, nuevo jefe del *Praesidium* del Soviet Supremo a partir de 1960. La intervención militar certificaba que el régimen edificado bajo Stalin y consolidado por sus diferentes sucesores se situaba muy lejos del socialismo democrático. Comprendieron que los problemas a los que la teoría y práctica socialistas tenía que enfrentarse, obligaban a los partidos comunistas a elaborar un nuevo modelo de democracia socialista y de civilización industrial, que proporcionasen la canalización de los nuevos movimientos sociales de estos años y el replanteamiento de la idea misma de revolución.

III. LA PRIMERA MITAD DE LA DÉCADA DE LOS AÑOS SETENTA

En los años setenta, el principio del pluripartidismo era «aceptado» explícitamente por los partidos comunistas de la Europa capitalista. Este reconocimiento vino motivado en parte por la creciente toma de conciencia de que la construcción del socialismo *al estilo soviético* no era viable ni en un solo país europeo. De hecho, en cada uno de los encuentros con los representantes de otros partidos comunistas, los comunistas italianos reafirmaban la crucial importancia del pluralismo en la construcción de una sociedad socialista. El 11 de julio de 1970, el Partido Comunista italiano y el Partido Comunista español comunicaron conjuntamente su convicción estratégica, y no meramente táctica, de que era posible «una vía democrática al socialismo en Europa occidental, basada en las libertades individuales y colectivas, y en el pluripartidismo».

Los intentos de la URSS de formular un programa de acción conjunta culminaron en la celebración de la Conferencia de Bruselas en enero de 1974. El valor de esta conferencia no está reconocido unilateralmente: algunos consideran la decisión de celebrar esta reunión como uno de los resultados de la Conferencia Mundial de Moscú. Para otros, se organizó con el objetivo de realizar un acercamiento entre los diferentes partidos de Europa occidental *en contra* de la Unión Soviética, que, en principio, la consideró un «gesto antisoviético».

A esta nueva conferencia asistieron unos veintiocho partidos comunistas de toda Europa, aunados bajo un común denominador: actuaban en sociedades capitalistas. El objeto de esta Conferencia era analizar la situación europea tras la crisis general de 1973 y, sobre todo, tratar de unificar criterios respecto al proceso de integración de las Comunidades Europeas (12): a pesar del

(12) En la reunión apareció como uno de los puntos de divergencia más importantes el de la participación de representantes de los Partidos Comunistas de los países que constituyen

deseo de encontrar una postura común, las diferencias resultaban profundas. Además, en el encuentro de Bruselas destacó de forma clara una diferencia de objetivos e intereses: mientras el PCI se mostraba preocupado por la aceptación de su postura europeísta, el PCF era el más reticente respecto a este tema y el PCE estaba animado por otras preocupaciones sobre todo de naturaleza interna. Por eso, el Partido Comunista español había participado anunciando de antemano que en ningún caso aceptaría redactar un documento de conclusiones: considerando próxima la muerte de Franco, el PCE intentaba definir su estrategia en el plano interno, tanto que en septiembre de 1975 aprobó el Manifiesto-Programa, base de la futura estrategia del partido (13).

Durante la Conferencia de Bruselas, Berlinguer pronunció un discurso enunciando las razones y condiciones que inspiraban la política de los comunistas italianos, apuntándolas como válidas para todos los partidos democráticos de Europa. El acento de su discurso recaía sobre la amplia convergencia de opiniones comprobadas en el problema fundamental de las relaciones entre democracia y socialismo, es decir, «la afirmación del socialismo como desarrollo coherente y plena actuación de la democracia y sobre la exigencia de trabajar para favorecer, en todos y cada país de la Europa capitalista, el diálogo, la convergencia y el entendimiento entre las fuerzas democráticas y de izquierda de inspiración diversa, con pleno respeto por la personalidad y la autonomía de cada una de ellas» (14). Berlinguer concluía: «Hoy existen las condiciones para que los comunistas se conviertan en un factor decisivo de la iniciativa y de la lucha para la construcción con todas las fuerzas obreras y democráticas de un porvenir de paz y de progreso para sus pueblos, para la construcción de una nueva Europa, la Europa de los trabajadores que quieren avanzar hacia el socialismo» (15).

la «pequeña Europa» en los órganos comunitarios, y en especial en el Parlamento Europeo. La reunión se mantuvo con la exclusión de los PPCC orientales.

(13) La publicación del Manifiesto-Programa representaba otro paso adelante en la vía democrática al socialismo: se trataba de un acontecimiento de gran importancia ya que el último programa de partido databa 1954 con las correcciones introducidas en el VI Congreso de 1959. En líneas generales, en el texto se consolidaban las adquisiciones semánticas pos-Checoslovaquia así como la identificación obligada del socialismo con la democracia, la consideración de que no era posible realizar el proceso al socialismo sin pluripartidismo. El Programa mostraba un cierto equilibrio doctrinal, sin grandes audacias, pero tampoco retrocesos llamativos a la antigua ortodoxia: se obviaba el tema de la dictadura del proletariado, apenas citada, mientras se confirmaban en el terreno táctico el Pacto para la Libertad y en el estratégico la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura.

(14) BERLINGUER, Enrico; CARRILLO, Santiago y MARCHAIS, Georges: *La vía europea al socialismo*, Península, Barcelona, 1977, p. 22.

(15) AAVV: *El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*, Edición Cambio 16, Madrid, 1977, p. 234.

En la declaración final –29 de enero– se manifestaba que: «Los partidos comunistas de los países capitalistas de Europa declaran que están resueltos a proseguir sus esfuerzos para buscar las convergencias, las acciones, las iniciativas comunes, con las fuerzas socialistas y cristianas». Los representantes de los PC occidentales se encontraban de acuerdo en la necesidad de una Europa ni antiamericana ni antisoviética, argumentando que «una tal Europa, pacífica, democrática e independiente, liberándose de la dependencia de los Estados Unidos y de los monopolios internacionales, puede jugar un papel conforme a los intereses de los pueblos y de la paz en el mundo entero, puede aportar su propia contribución al desarme y a la comprensión entre los pueblos» (16).

En la segunda parte de la declaración, los signatarios afirmaban: «se trata de extender los derechos y las libertades democráticas, individuales y colectivas (...), de asegurar el ejercicio de las libertades de expresión y de pensamiento, de prensa y de creación; en una palabra de democratizar los dominios de la vida y de la sociedad» (17).

Las diferencias entre los diferentes partidos frenaban la elaboración de textos comunes sustanciales, por eso los resultados de la Conferencia de Bruselas no resultaron de gran interés. Más bien, la importancia de esta Conferencia fue la de resaltar las disensiones internas que existían ya en el seno del movimiento comunista y que resurgirían en las reuniones preparatorias de la Conferencia de los Partidos Comunistas de Europa, que se celebró en Budapest de 19 a 21 de diciembre de 1974. Por un lado, se puede considerar que el resultado principal de la Conferencia de Bruselas fue la aceptación generalizada del pluralismo, presentándolo como una «victoria de los comunistas italianos». Por otro, la oposición de los partidos comunistas de España, Francia e Italia a la realización de una Conferencia Mundial del movimiento, como querían los soviéticos, demostraba una vez más la fractura y marcaba el inicio de un «comunismo europeo-occidental»: en esta ocasión, los partidos comunistas europeos consideraron mejor discutir lo menos posible porque nadie creía que fuera posible superar las divergencias. La idea de una Conferencia Europea (con la participación de 28 partidos) nacía también en contraposición a una conferencia mundial porque esta hubiera significado la excomunión de China y la probable reafirmación de la supremacía soviética: la desconfianza sobre el tema llevó a una larga y extenuante preparación del encuentro. Así que se decidió organizar conferencias «específicas» y temáti-

(16) TEZANOS, José Félix; COTARELO, Ramón y DE BLAS, Andrés (Eds.): *La transición democrática española*, Edición Sistema, Colección Politelia, Madrid, 1993, p. 546.

(17) «Eurocomunismo», publicación del Departamento de Información y Documentación, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977, p. 38.

cas en diferentes ciudades: se celebró una en Londres sobre las multinacionales, en Roma sobre las mujeres, en Ginebra sobre temas culturales, otra en París sobre las cuestiones agrarias; una en Estocolmo sobre el tema de los salarios, etc.

Por su parte, la aparición de una primera crisis en el mundo capitalista favorecía el optimismo de la izquierda europea que veía en los estallidos sociales del 1968 una muestra de combatividad proletaria. Además, los éxitos de lucha comunista de liberación en Vietnam contra el «campeón del capitalismo» alimentaban una solidaridad romántica con el pequeño pueblo capaz de vencer al gigante yanqui gracias al sople de la ideología marxista.

El único lunar en el avance del socialismo a escala mundial procedía del fracaso del Gobierno de Unidad Popular en Chile, aplastado por el vil golpe militar de Pinochet. El gesto de Salvador Allende, que finalmente entregó su vida frente a los golpistas por salvar la imagen de la revolución, suscitó admiración y solidaridad; su heroísmo se oponía a la represión y barbarie de un golpe urdido con la complicidad de los Estados Unidos. El fracaso de la experiencia de la Unidad Popular en Chile inspiró a Enrico Berlinguer para revisar la idea de transición al socialismo como enfrentamiento antagónico con un adversario irreconciliable.

No cabe duda que, si la aplicación práctica del socialismo en la URSS ocasionaba perplejidades e interrogantes, los acontecimientos del 1968 y el golpe de Estado en Chile hicieron que el dilema «socialismo o democracia» adquiriese un nuevo planteamiento teórico y político, en la dirección de una revalorización profunda de la democracia política y, a su vez, de una reformulación de la relación entre los dos conceptos. Estos sucesos demostraban que no se podía realizar un verdadero socialismo sin democracia y libertad, porque, en caso contrario, se crearía un nuevo tipo de régimen social basado, como los anteriores, en la división en clases, en el autoritarismo y la desigualdad.

En esta línea los acontecimientos de Chile obligaron a los tres partidos eurocomunistas a reflexionar sobre la necesidad de mantener las conquistas democráticas, el pluralismo político y la alternancia de poder una vez alcanzado este. El suceso resultó de gran importancia para el desarrollo del proyecto eurocomunista, influenciando la estrategia de los partidos comunistas occidentales. Este hecho puso de manifiesto que «la llegada al gobierno de las fuerzas socialistas no resuelve el problema del poder del Estado. Puede haber un gobierno socialista y un aparato de Estado capitalista» (18).

(18) IBÁRRURI, Dolores; CARRILLO, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, texto que contiene el Manifiesto-Programa, p. 32.

Tras el golpe militar, el secretario del PCI Berlinguer señalaba que los acontecimientos de Chile «inducen a una atenta reflexión que no se limita al marco internacional y a los problemas de política exterior, sino que concierne también a los problemas relativos a la lucha y la perspectiva de la transformación democrática y socialista de nuestro país [...]. Siempre nos ha parecido un error definir la vía democrática como una simple vía parlamentaria [...]. En definitiva la perspectiva de éxito de una vía democrática al socialismo está en función de la capacidad del movimiento obrero para realizar sus propias elecciones y medir sus iniciativas según –más allá del marco internacional– las relaciones de fuerza concretas existentes en cada situación y momento, y con su capacidad para vigilar en todo instante las reacciones y contrarreacciones que la iniciativa transformadora determina en toda la sociedad [...]. Como hemos visto, la vía democrática no es ni rectilínea ni indolora [...]. El problema de las alianzas [y de la relación entre fuerza y consenso] es, pues, el problema decisivo de toda revolución y de toda política revolucionaria. Y decisiva, también para la afirmación de la vía democrática» (19).

Por su parte, Carrillo declaraba «cuando se trata de realizar una experiencia socialista por la vía democrática, y no se tiene el apoyo de la mayoría del pueblo, hay que saber retirarse a tiempo del gobierno, antes que la tensión conduzca a la guerra civil, sometiendo el problema al sufragio universal. Si es preciso, hay que salir del gobierno para volver más tarde, cuando te sientas fortalecido» (20). En la misma línea, posteriormente, en el Manifiesto-Programa, se afirmaba que «la opción por una vía democrática al socialismo significa acudir regularmente al sufragio popular, admitir la existencia de una oposición legal y aceptar la alternancia en el poder si la mayoría del pueblo retira la confianza a los partidos gobernantes» (21). Para el secretario del PCE, la experiencia chilena había demostrado que la vía democrática se interrumpe (antes o después) «si no va acompañada de transformaciones en el aparato estatal que impidan que este mismo aparato se vuelva contra el gobierno democráticamente elegido».

(19) Los artículos de Enrico Berlinguer titulados «Reflexiones sobre Italia después de los acontecimientos de Chile» fueron publicados en *Rinascita* el 28 de septiembre, 5 y 9 de octubre de 1973. Se hace referencia a su publicación dentro de: «*El Partido comunista español, italiano y francés cara en el poder*», Cambio 16, Madrid, 1977, pp. 138, 144, 146-147, 149.

(20) CARRILLO, Santiago: *Mañana España*, Colección Ebro, París, 1975, Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, pp. 227-228.

(21) IBÁRRURI, Dolores; CARRILLO, Santiago y otros: *La propuesta comunista, op.cit.*, p. 36.

Siempre acerca de estos acontecimientos, en el XXII Congreso del PCF(22), Marchais «extraña» de esta experiencia la siguiente «enseñanza para nuestro propio combate»: «lo que se desprende de ello es que la condición decisiva del éxito es la existencia y la afirmación de un movimiento lo suficientemente amplio, hasta englobar a una amplia mayoría del pueblo, sólidamente unida en torno a objetivos transformadores» (23).

En este momento histórico, es probable que los partidos eurocomunistas temieran una posible intervención –directa o indirecta(24)– estadounidense tal y como pasó en Chile. Como ejemplo de la hostilidad norteamericana hacia el proyecto eurocomunista, basta recordar las palabras de Kissinger a Areilza en 1976 acerca de la posible legalización del PCE: «no vamos a decir nada si ustedes se empeñan en legalizar el PCE. Pero tampoco les vamos a poner mala cara si lo dejan ustedes sin legalizar unos años más» (25). O las declaraciones oficiales del Departamento de Estado norteamericano, durante una visita a Washington del embajador en Roma, Richard Gardner, sobre la posible participación comunista en los gobiernos de Italia y Francia: «non accogliamo con favore tale partecipazione, e anzi vorremmo che l'influenza dei comunisti diminuisse» (26).

En términos geográficos, el eurocomunismo y su localización preocupaban y no poco: pese a desarrollarse en una porción reducida del Continente, los tres países de la Europa meridional y latina, se hallaban en una zona de gran trascendencia y significación estratégico-militar. El fin de la segunda guerra mundial y el estallido de la guerra fría colocaban el Mediterráneo en

(22) El XXII Congreso del PCF, iniciado el 4 de febrero de 1976 en la ciudad L'Île-Saint-Denis que, en presencia de 1524 delegados, representó el punto de ruptura, suscitando ásperas polémicas o desconcierto entre los militantes y no pocas molestias a los dirigentes soviéticos. Durante esta ocasión, los comunistas franceses denunciaron, de forma directa, muchos de aquellos principios de los que el PCI y el PCE, aunque de forma diferente, ya habían renegado.

(23) ALBIAC, Gabriel: *El debate sobre la «Dictadura del proletariado» en el Partido Comunista Francés: anexo, el debate en España*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1976, p. 123.

(24) Mientras se gestaban y daban sus primeros pasos los sucesos de Portugal, irónicamente afirmaba Berlinguer: «i tecnici del golpe che hanno lavorato a Santiago, si trovano ora a Lisbona». «Incontro con il compagno Kirilenko e con il compagno Zagladin (Berlinguer, Cossutta, Napolitano, Pajetta e Segre) del 24 de marzo 1975», APC, Estero, 1975, mf 204, 593-594, en PONS, Silvio: *Berlinguer e la fine del comunismo*, Einaudi, Torino, 2006 p. 54.

(25) AREILZA, José María: *Diario de un Ministro de la Monarquía*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 196.

(26) «No acogemos de forma favorable dicha participación, y al contrario, nos gustaría que la influencia de los comunistas disminuyera». GARDNER, Richard N.: *Mission: Italy. Gli anni di piombo raccontati dall'ambasciatore americano a Roma, 1977-1981*, Mondadori, Milán, 2004, p. XII.

una situación, a la vez, de «centro de enfrentamiento» entre dos sistemas (capitalista vs. comunista) y de zona de equilibrio mundial.

Su trascendencia internacional determinaba el interés sobre la posibilidad de que la alternativa democrático-socialista se pudiese concretar plenamente en la Europa mediterránea y sobre todo, en un posible efecto de contagio en los demás países europeos (y no sólo). La emulación o la agregación al proyecto parecían probables en países como Grecia y Portugal, donde los equilibrios resultaban sumamente inestables y las fuerzas de izquierda conservaban un potencial importante. Sin embargo, el eurocomunismo era exportable también a los países pertenecientes por antonomasia a la socialdemocracia, como Alemania o a los Escandinavos, llegando a impulsar las tendencias de izquierda en ascenso dentro del laborismo inglés (27). Todo ello sin tener en cuenta la atracción que ejercían las corrientes democratizadoras en el Este europeo, reprimidas en varias ocasiones por la intransigencia soviética. Finalmente, de forma optimista se esperaba incluso que el ejemplo del avance hacia un socialismo democrático europeo hubiera podido contribuir a despertar a la izquierda crítica soviética e inclusive a la clase obrera estadounidense. Por eso, en una intervención de diciembre de 1975 ante los embajadores americanos en Europa, convocados en Londres, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger subrayaba como: «La progresión de la política de izquierda en el sur de Europa amenaza con socavar las relaciones que conciernen a la seguridad y a las políticas de defensa sobre las que ha sido edificada la Alianza Atlántica. Y esa progresión no dejará de afectar a las relaciones entre Europa Occidental y los Estados Unidos. En Italia, España y Portugal, y tal vez en Francia, asistimos al crecimiento de la influencia de los partidos comunistas y nos planteamos la cuestión de saber qué hacer». Y añadía: «Una cosa debe estar clara, el dominio de los partidos comunistas en Occidente es inaceptable, y eso no tiene nada que ver con la moderación de estos partidos o con el grado de independencia en relación con Moscú» (28). En otra celebre entrevista, amonestó que «una participación significativa de estos partidos en los Gobiernos de ciertos países europeos de importancia minaría la moral y la base política de nuestro despliegue militar en Europa» (29), advirtiendo que, en este caso, podría postularse como inevitable una alianza germano-norteamericana para hacer frente al peligro

(27) Con razón, Mitterrand había subrayado «el formidable estímulo ideológico que ejercería sobre los trabajadores alemanes e ingleses» un gobierno verdaderamente de izquierda en París. *El País*, 22 de mayo de 1978.

(28) *Le Monde* 14 de abril de 1976, citado en CLAUDÍN, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, op. cit., p. 28.

(29) *La Vanguardia Española*, el 11 de junio de 1977.

del «eurocomunismo» y sus ideas de liberalización y democratización. Era evidente que los Estados Unidos preferían conservar el *statu quo*, tanto como la Unión Soviética.

Mientras tanto, desde Europa llegaban señales positivas: en primer lugar, en la República Federal Alemana (RFA), la socialdemocracia tomaba el timón de la política, con la aparición en el escenario político de Willy Brandt, iniciador de la *Ostpolitik*, una política basada en el reconocimiento de la Alemania del Este y tendente a normalizar las relaciones con los países de Europa del Este. Las dictaduras del sur del continente fueron desmanteladas: el 25 de abril de 1974 en Portugal, la Revolución de los Claveles terminó con la dictadura de Marcelo Caetano, restableciendo las libertades civiles y reconociendo el pluralismo político. Contemporáneamente en Grecia, en noviembre de 1974, las elecciones generales dieron la victoria al partido Nueva Democracia de Constantinos Karamanlis, y en diciembre del mismo año, el pueblo griego optó por la forma republicana del Estado. Finalmente, en España, la muerte de Francisco Franco en noviembre de 1975 decretaba el final de su régimen, cerrando la larga noche del franquismo y dejando mucha incertidumbre e inseguridad sobre el futuro de España.

Paradójicamente, el punto más oscuro en este contexto favorable y esperanzador residía en la propia Unión Soviética, donde resultaba evidente el anquilosamiento del área del socialismo real y de su figura emblemática, Brézhnev, cuyo protagonismo era cada vez más discutible. Su intransigencia favoreció el distanciamiento de los partidos comunistas occidentales.

Por esta razón, a partir de 1975, el partido comunista español, el francés y el italiano empezaron a trazar una estrategia común, elaborada en varios encuentros bilaterales, dando un nuevo paso de gran significación en su «enfrentamiento» con Moscú: los encuentros bilaterales que se celebraron en estos años, mostraban la voluntad de elaborar conjuntamente la «vía al socialismo» en los diferentes países de la Europa Occidental. Sin embargo, mientras los partidos comunistas de Francia, España e Italia organizaban las llamadas «cumbres eurocomunistas», mostrando posturas comunes y voluntad de profundizar en sus independencias, en el XXV Congreso del PCUS, la Unión Soviética preparaba su estrategia sobre cómo enfrentarse a este nuevo posible cisma, sobre cómo combatir a los eurocomunistas, acusados de «nacionalismo, oportunismo, revisionismo». Al mismo tiempo, la URSS insistía para que se preparase una nueva Conferencia de los partidos comunistas europeos, que fue celebrada, inesperadamente, a finales de junio de 1976. El eurocomunismo ya era considerado como una amenaza para Moscú.

IV. LOS PARTIDOS EUROCOMUNISTAS FRENTE A LA CRISIS INTERNACIONAL

A partir de finales de los años sesenta, el panorama internacional, positivo hasta entonces por el desarrollo y los milagros económicos, comenzaba a nublarse. La crisis del sistema monetario internacional (1967), la crisis socio-política de 1968 en Francia e Italia, o la Primavera de Praga, mostraban un cambio internacional: como ya decíamos, la crisis no era sólo económica, sino también social, política e ideológica; y era mundial en el sentido que englobaba al mismo tiempo al sistema capitalista y al socialista. La dimensión política de la crisis se manifestó con especial agudeza en Europa Occidental; asimismo, la Europa meridional representaba el eslabón más débil del sistema «imperialista», donde no se trataba de una mera inestabilidad política, sino de una crisis de los partidos de gobierno y de los regímenes, que tendía a desembocar en verdaderas crisis sociales. Dentro de los países del área, las relaciones de fuerzas cambiaban sustancialmente, dejando abierta la posibilidad a que formaciones de izquierda asumiesen por primera vez el poder. Los regímenes dictatoriales de Portugal, Grecia y España se hundían, al mismo tiempo que los partidos de izquierda en Francia e Italia crecían en votos (e influencia en las respectivas sociedades).

En Italia, el avance electoral del Partido Comunista había sido espectacular, tanto que logró acercarse, por primera vez en su historia, a la mayoría relativa de los votos, pudiendo, por fin, aspirar a gobernar el país (se hablaba de *sorpasso*, de un posible adelantamiento). El referéndum sobre el divorcio de 1974 fue un verdadero éxito y los progresos electorales en las votaciones de 1975 y 1976 proyectaban al partido hacia una mayoría parlamentaria. El éxito del PCI era consecuencia de un cambio en su grupo dirigente: después de varios años destacándose como uno de los principales dirigentes del Partido, durante el XIII Congreso (1972), Enrico Berlinguer fue elegido secretario general del PCI, tras la dimisión de Luigi Longo por problemas de salud. Berlinguer fue capaz de modernizar el partido, dotándolo de mayor alcance popular. No obstante, la lucha social y política rodaba en torno al problema de qué salida dar a la crisis económica que afligía al país. Al boom económico (el famoso «milagro italiano») y al fuerte crecimiento de los años cincuenta y sesenta, siguió un periodo de gran crisis, estratificación social y dificultades financieras. La década de los setenta se presentaba particularmente dura y difícil: en un informe presentando en octubre de 1976 ante el Comité Central, Berlinguer afirmaba que «la crisis general de la sociedad italiana había llegado a un punto límite», al grado que Gramsci había denominado «los confines de

soportabilidad social, el umbral crítico» (30). Por eso, el PCI apostaba por una política de transformación de la sociedad, por una renegociación de las bases sociales y una nueva orientación socialmente equitativa. El PCI se ponía en la primera línea como alternativa política y avanzaba en votos y consensos.

Contemporáneamente en Francia, la situación era parecida: el movimiento de mayo de 1968 contribuyó a la decadencia del golismo, que aceleró irrevocablemente la muerte del propio General De Gaulle. La elección de Valéry Giscard d'Estaing como Presidente y el nombramiento de Jacques Chirac como jefe del Gobierno no fueron suficientes para detener la crisis: el nuevo ejecutivo, caracterizado por el nacionalismo populista-golista, se enfrentaba a una grave crisis y a un avance significativo de los partidos de izquierda. Las huelgas generales y la organización de varias movilizaciones demostraban la existencia de un malestar generalizado y un fuerte deseo ciudadano de cambio. Mientras tanto el Partido Socialista elegía a su nuevo líder, François Mitterrand, prospectando nuevamente una posible alianza entre las fuerzas de izquierda; la idea parecía ser secundada por el nuevo secretario del PCF, Georges Marchais. El consentimiento alrededor de este acercamiento lo certificó el buen resultado electoral que alcanzaron, tanto que Mitterrand estuvo a punto de vencer en las elecciones presidenciales de 1974: la convergencia entre socialistas y comunistas se presentaba como una posibilidad concreta que contaba con el apoyo de ambas militancias.

En España, la situación se presentaba más complicada y llena de incógnitas: mientras las divergencias ideológicas con la URSS ya empezaban a manifestarse de forma clara a finales de los años sesenta (31) y fueron agravándose con la invasión de Checoslovaquia, la situación interna se mostraba oscurecida. Sin embargo, la muerte de Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975 hizo precipitar el proceso de descomposición de la dictadura. Al desaparecer el dictador, las fuerzas democráticas no parecían preparadas para ejercer su papel. La búsqueda de objetivos y resultados inmediatos era complicada: la población se encontraba aún paralizada entre el desconcierto, la perplejidad, el escepticismo, la indiferencia política, o, finalmente, el miedo a la represión. Sin embargo, el deseo de cambio coincidía con la exigencia de libertad y democracia, sensaciones que crecían en la nueva situación. Era necesario transformar el régimen político, reformar el régimen social y mo-

(30) Publicado en el periódico italiano *L'Unità* los días 18 y 22 de octubre de 1976.

(31) Ya en septiembre de 1973, en un informe de Manuel Azcárate al Comité Central, la crítica del Partido Comunista español a la política soviética había aumentado de intensidad: el PCE planteaba la necesidad de que los partidos comunistas de Europa occidental luchasen por una Europa independiente y democrática, «no sometida a la hegemonía de ninguna gran potencia», criticando de «pasada» la democracia de los regímenes del Europa del Este.

dificar el económico. Se abría una nueva etapa, de lucha por la alternativa democrática, liquidando el franquismo y creando nuevas condiciones sociales. Las fuerzas políticas de izquierda, independientemente de su capacidad política, querían asumir un nuevo papel en un estado renovado, favoreciendo la alternativa democrática, potenciada hacia el socialismo.

Este breve análisis de las condiciones socio-políticas de estos tres países de la Europa meridional, muestra cómo estaban en marcha procesos de crisis y deseos de cambio que, pese a su natural diferencia, revelaban algunos elementos en común: en primer lugar, en los tres países no se aspiraba a un simple cambio de gobierno o a una política reformada: al contrario, se trataba de un deseo concreto de cambio, de una exigencia de ampliación y profundización de la democracia, tanto en las esferas políticas como de la producción.

En segundo lugar, las fuerzas políticas, sindicales y culturales que luchaban por la realización del socialismo contaban con el apoyo no sólo de la mayoría de los trabajadores, sino también de otros núcleos sociales e importantes sectores de la sociedad. Esta realidad, que parecía más evidente en Italia y Francia, iba preparándose también en España: la presencia de un amplio sector de izquierda deseoso de cambios en general, hacía posible que en estos tres países se plantease concretamente la alternativa democrática-socialista. De hecho, la amplitud de las fuerzas de izquierda, su capacidad de «llenar plazas» u organizar huelgas dejaba entender que era posible la obtención de la mayoría.

Finalmente y en tercer lugar, el eje político comunista-socialista constituía en los tres países la columna vertebral del bloque político y social dispuesto y capaz a operar como protagonista la transformación socialista. Sin embargo, el equilibrio interno entre comunistas y socialistas era diferente en cada país: en Italia, el eje se inclinaba netamente del lado comunista en todos los aspectos, tanto que el PCI eclipsaba al partido socialista. En Francia la situación se presentaba más complicada en cuanto que, si era efectiva la preeminencia del lado socialista en el plano electoral, el partido comunista se distinguía desde el punto de vista de la organización e implementación en la clase obrera. En España, la situación aún no se presentaba clara, aunque parecía poder asemejarse más bien al caso francés.

A la hora de analizar esta situación y su coyuntura, se podría dar relevancia a otras similitudes y a múltiples diferencias, más o menos relevantes; sin embargo, cabe destacar sólo un aspecto más que, entre otros, afectaba a los tres procesos: su relativa sincronía. La coincidencia temporal, la simultaneidad en la exigencia de cambio y la contigüidad geográfica hicieron que las influencias entre ellos fueran apreciables y el deseo de operar conjuntamente también.

Sin embargo, los tres partidos consideraban que la derrota democrática de las fuerzas de derecha en el terreno político y económico por una «mayoría popular hegemonizada por la clase obrera» no hubiera significado el comienzo del socialismo, sino de una fase de transición al socialismo, cuya duración podía ser variable. La etapa de transición asumía diferentes nombres: según el Partido Comunista francés había que llamarle de «democracia avanzada», mientras para el Partido Comunista italiano era «una nueva etapa de la revolución democrática». Finalmente, el Partido Comunista español la consideraba como una primera «época de democracia política y social». Independientemente del «sufijo», el socialismo representaba la fase de transición que mediaba entre el capitalismo y la creación final de una sociedad sin clases, comunista: este periodo empezaba con la conquista del poder político por parte de la clase obrera y sus aliados, proseguía con la adopción de las primeras medidas encaminadas a la apropiación social de los medios de producción y terminaba con el final del conflicto de clases en una sociedad sin clases. La transformación política del Estado se completaba con la evolución económica y social, democratizando la sociedad civil y dotándola de un carácter socialista.

Ahora bien, parece legítimo preguntarse si existían diferencias sólo semánticas entre las diferentes etapas de transición o los partidos preveían diferencias sustanciales en sus aplicaciones. En realidad, las diferencias eran leves y marginales, limitándose a pequeños matices. Según el PCI, su etapa democrática se caracterizaba por una mayor indeterminación, presentándola como un proceso gradualista en el que iban surgiendo «elementos de socialismo». Dichos elementos iban a determinar una nueva lógica cuyas condiciones eran contenidas dentro del proyecto denominado *compromiso histórico* (32). En cuanto al PCF, el camino entre «democracia avanzada» y socialismo había sido sintetizado en el XXII Congreso del partido –febrero de 1976–, donde se declaraba: «entre la fase definida por Programa Común

(32) El compromiso histórico auspica una colaboración orgánica entre todos los partidos de mayor representación nacional, intentando conseguir el máximo consenso posible en torno a las instituciones democráticas y a través de una política reformista. En un discurso de 1973, Berlinguer, su máximo teorizador y propugnador, declaraba que: «La verdadera esencia de línea elegida por nosotros reside en la preocupación por evitar la partición en dos mitades del país, la escisión del Estado (...). El punto sobre el que queremos llamar la atención de los trabajadores y de las demás fuerzas de izquierda es la necesidad de buscar, de construir una formación social, política e incluso de gobierno que, no siendo reducible por la amplitud de sus bases a una simple mayoría parlamentaria, ponga al país a cubierto de toda aventura reaccionaria y garantice la renovación de la sociedad». Berlinguer, Enrico, *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico: discursos 1969-1976*, Ed. Ayuso, Madrid, 1977, pp. 151-154.

y un socialismo con los colores de Francia no hay una muralla: el socialismo será la democracia llevada hasta el fin, es decir, la extensión de la propiedad social, bajo formas diversas, a todas las grandes unidades de producción, el comercio y los servicios [...] será la afirmación de las capacidades de la clase obrera en el seno del poder político del pueblo trabajador, y la posibilidad de ir más lejos en la vía de la emancipación social» (33).

Finalmente, en el Manifiesto-Programa, el Partido Comunista español declaraba que «el socialismo es una fase de transición hacia el comunismo, que va superando diversos niveles y que no puede estancarse» (34). Dentro del mismo texto, se añadía que «la democracia política y social representará el paso a la propiedad social de los instrumentos económicos y financieros decisivos, hoy en mano de la oligarquía. Será, por tanto, un avance de importancia histórica hacia la socialización de los medios de producción. Pero no será todavía el socialismo» (35).

Empero, además de muchas afinidades y analogías, los tres partidos comunistas mostraban algunas pequeñas diferencias, determinadas sobre todo por las vicisitudes histórico-políticas del último siglo. En primer lugar emergía un diferente grado de influencia del *Komintern* y del estalinismo en la fisonomía de los tres partidos, dependiendo de la observancia de sus secretarios –o grupos dirigentes– respecto a la Unión Soviética. Así que, mientras los cuadros dirigentes del partido comunista italiano y español se habían formado a la sombra del Kremlin, los dirigentes del PCF pudieron contar con mayor independencia: a pesar de eso, el Partido Comunista francés resultaba el más fiel interprete de la política soviética en Occidente, tanto que se le consideró el «hijo predilecto» de Moscú. Contrariamente, el PCE, pese a su clandestinidad y falta de un territorio donde operar, supo desarrollar una marcada autonomía respecto al PCUS, en virtud de las fuertes personalidades que gestionaron el partido en estos años y su capacidad de quedarse al margen de la política soviética. Finalmente, la posición del PCI era la más compleja: Togliatti pasó de fiel y potente emisario de Stalin en Occidente, a crítico y teórico de la «vía nacional al socialismo» después del viraje de Salerno (la *svolta di Salerno*) y de la voluntad de crear un «partido nuevo». Además, el pensamiento de Gramsci, que podría considerarse uno de los ins-

(33) FABRE Jean; HINCKER, François y SÈVE, Lucien: *Les communistes et l'Etat*, Sociales, París, 1977, p. 210.

(34) IBÁRRURI, Dolores; CARRILLO, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, op. cit., pp. 143-144.

(35) IBÁRRURI, Dolores; CARRILLO, Santiago y otros: *La propuesta comunista*, op. cit., pp. 184 y ss. Estas páginas se publicaron en el folleto con los materiales de la II Conferencia Nacional del Partido Comunista de España, en una edición del PCE.

piradores del proyecto eurocomunista, alimentaba ese deseo de asumir una posición más idónea al tipo de sociedad italiana, profundamente diferente a la rusa de 1917.

Brevemente, otras diferencias entre los tres partidos comunistas pueden ser las siguientes: en primer lugar, los partidos no contaban con la misma red organizativa. Mientras el PCI consiguió plasmar una organización capilar y bien organizada, en Francia el Partido mostraba su dificultad para crear una red organizativa difundida debido a que en principio se asistía a un circunscrito y reducido grado de participación de las masas y «a un limitado grado de institucionalización de las divisiones sociales» (36).

En segundo lugar, se presentaba una diferencia evidente en la formación de los grupos dirigentes: mientras el politburó de PCI y del PCE provenían de la lucha *partigiana*, formados en condiciones de clandestinidad, lo del PCF eran diligentemente seleccionados dentro de la clase obrera.

En tercer lugar, mientras los Partidos Comunistas italiano y el español manifestaban una vocación internacional, el PCF mostraba un acentuado carácter nacionalista, de ascendente jacobino (37).

Finalmente, a diferencia del PCI que podía contar con una amplia presencia dentro de la sociedad italiana y del PCE que empezaba su labor de «ingreso» dentro de la sociedad española, el PCF se caracterizaba por un reducido grado de homologación política dentro de la sociedad francesa; el constante proclamarse partido «anti-sistema», el rechazo por una estrategia gradualista de integración y el propósito constante de determinar una ruptura siguieron representando características del partido comunista francés también durante su etapa eurocomunista (38).

V. CONCLUSIÓN

Los Partidos Comunistas de Italia, España y Francia intentaron construir el socialismo en su país, en el ambicioso intento de conjugar socialismo y democracia. Los tres principales partidos occidentales empezaron a desarrollar una estrategia y una concepción del socialismo común, presentando

(36) BARTOLINI, Stefano: «Il P.C.I. e il P.C.F.: vie nazionali e contesti nazionali», p. 163 en BELLIGNI, Silvano: *La Giraffa e il Liocorno. Il P.C.I. dagli anni '70 al nuovo decennio*, Franco Angeli, Milano, 1983.

(37) DUHAMEL, Olivier y WEBER, Henri: *Changer le P.C.? Debats sur le «gallocommunisme»*, Puf, París, 1979.

(38) TIMMERMANN, Heinz: *I partiti comunisti dell'Europa mediterranea*, Bologna, Il Mulino, 1981.

un programa condicionado por las exigencias nacionales y las posibilidades internas: «programa común» en el caso de Francia, «compromiso histórico» en Italia, «ruptura democrática» en España. A esta convergencia se le llamó eurocomunismo. Y, si al principio el uso de este término generó las reticencias de sus mismos usuarios, que lamentaban el carácter limitativo de la expresión, la tonalidad regionalista y su dimensión «particular» para un ideal universalista, en los setenta hicieron buena muestra del mismo, quizás porque eran «consciente[s] del valor propagandístico de una palabra tan moderna y tan poco rusa» (39).

La mentalidad reformista de los partidos comunistas de Francia, España e Italia, la «rehabilitación» de la transición pacífica y parlamentaria al socialismo, la defensa de las libertades civiles y políticas y el pluripartidismo, presentes e indicados como elementos novedosos del eurocomunismo, son temas ya antiguos que proceden de la problemática de los frentes de guerra y por lo tanto no resultan elementos tan insólitos. Sin embargo, en su enunciación eurocomunista, estos propósitos tenían una ambición más elevada y amplia: el eurocomunismo parecía proponer, entre sus prioridades, la de subsanar el mayor fallo de las democracias socialistas, es decir, su incapacidad para integrar la libertad con el tipo de Estado emanado. Después de haberse dado cuenta de que el modelo socialista propuesto por la URSS no llevaba forzosamente la libertad en su equipaje, los partidos eurocomunistas postulaban la formación de un nuevo modelo con características propias, alguna nueva, otras antiguas. Consideraban que no se trataba de insistir en el carácter intrínsecamente democrático del socialismo por una cuestión «meramente formal», sino de recurrir a ese dualismo como premisa fundamental con grandes consecuencias prácticas. Estos partidos se vieron obligados a rechazar y cuestionar diferentes aspectos y conceptos imperantes dentro del régimen soviético (dictadura del proletariado, culto a la personalidad, maquiavelismo cínico y burocrático, ausencia de espíritu crítico y falta de libertades políticas) para que, en sus respectivos países, dejasen de percibirles como «partidos extranjeros», tratados con hostilidad y desconfianza, rodeados de celos y sospechas, ya que incluso se llegaba a temer que pudieran llegar a traicionar los intereses patrios para favorecer a la Unión Soviética. Concluyendo, el eurocomunismo, que fue «producto de los cambios de la época, mientras que su existencia marca el porvenir de este mismo periodo», nació en este difícil contexto, producto de una grave crisis económica, política y, quizás sobre todo, ideológica (40).

(39) PRESTON, Paul, *El Zorro Rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013.

(40) Marc LAZAR, «El eurocomunismo, objeto de historia», en *Historia del Presente*, n.º 18, II/2011, Eneida, p. 65.

El eurocomunismo parecía animado por el «sueño de conjugar democracia y socialismo». Su intento de renovar los PPCC en Europa occidental se enmarca en el contexto general de la crisis del marxismo. Y si algunos relacionaron la crisis del marxismo con el fracaso político del eurocomunismo, considerando que «en el marco de esta área cultural y política, hubo realmente a finales de la década de 1970, algo parecido a un derrumbamiento de la tradición marxista» (41), se trataba de una crisis más aguda y que venía de lejos. El eurocomunismo se encuadra en el ámbito de la crisis ideológica de los setenta: «el pensamiento de izquierda dominante hasta entonces, después de más de treinta años, entra en crisis y cede terreno a partir de los años setenta al liberalismo, tanto en política como en economía» (42). En esta óptica, podemos considerar el eurocomunismo como el intento de «dar una respuesta a las transformaciones de los países capitalistas y democráticos del oeste europeo, esforzándose por conciliar marxismo y modernidad» (43). Tras la derrota del eurocomunismo, puede que «el marxismo se convirtió en un puro recuerdo de la prehistoria intelectual, la voluntad de romper con la lógica del capital en una ilusión fracasada, la posibilidad de reconciliar a los partidos comunistas con la tradición del socialismo democrático en un nuevo renacer de las rivalidades sobre el telón de fondo de la decadencia de los partidos eurocomunistas. En el contexto de descomposición de las ideas y los partidos que habían dado forma a la izquierda durante un siglo emerge la nueva derecha» (44).

El eurocomunismo fue la expresión de la confianza real en torno a la posibilidad de alcanzar el socialismo en los países de Europa occidental. Fue la expresión de un entusiasmo generalizado por lograr un socialismo cualitativamente superior en Italia, en Francia y en España, un socialismo democrático y pluralista. Fue la expresión de una vocación, casi onírica e irracional, de poder realizar en el mundo capitalista la mejor versión socialista, deseando construir una «sociedad utópica», donde el socialismo encontrase su pleno desarrollo y su máxima virtud.

La formación y el desarrollo del eurocomunismo fueron consecuencias de la coyuntura de los setenta: los partidos comunistas de Europa occidental se vieron obligados a desprenderse del leninismo y de su retórica por miedo a verse reducidos a grupos o sectas testimoniales de una utopía irrealizable.

(41) ANDERSON, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI editores, Madrid, 1986, p. 30.

(42) MARC LAZAR, «El eurocomunismo, objeto de historia», en art. ya citado, p. 61.

(43) *Ibidem*, p. 64.

(44) PARAMIO, Ludolfo, *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI de España, Madrid, 1988, pp. 164-165.

Los líderes eurocomunistas pensaban que con la vieja carga dogmática se reducían sus posibilidades de penetración en los países cultural y económicamente desarrollados. Por eso se consideró la aparición del eurocomunismo como un ejercicio de «*realpolitik*» con una gran limitación: su incapacidad de alterar la visión del mundo dividido en dos campos, uno llamado de forma despreciativa y denigrante imperialista y el otro socialista.

No obstante, en lugar de hacer del comunismo algo menos rechazable y más atractivo para los ciudadanos de Europa occidental, el eurocomunismo pareció ser una versión «neutra» del marxismo, demasiado blanda e incapaz de seducir plenamente al electorado. La promoción de una ideología marxista y revolucionaria sin revolución y con poco marxismo no convenció a la militancia, sino que más bien la confundió. Aunque pareció oportuno que los partidos comunistas presentasen nuevas tácticas, parecía necesaria una política más clara y atenta a las exigencias de la ciudadanía, sin estar demasiado condicionada por el afán de alcanzar el poder o preocupada por desprenderse de las «antiguas cargas ideológicas». Se convirtió en algo más propagandístico y superficial que real y teórico. El eurocomunismo terminó siendo el canto del cisne que temía Claudín, incapaz de encarnar la tercera vía entre el modelo de los países del «socialismo real» y el modelo socialdemócrata. Su final coincidió con una profunda crisis del marxismo y planteaba a la extrema izquierda de estos países un importante interrogante: «¿aún sirve el comunismo hoy en día?»